

La mujer como objeto para la reproducción. Una lectura de «Maternidad» de Andrés Caicedo

The woman as an object for reproduction. A reading of «Maternidad» by Andrés Caicedo

Richard Leonardo-Loayza*

Universidad Nacional Federico Villarreal. Lima, Perú

rleonardo@unfv.edu.pe

ORCID: 0000-0001-6867-2127

Citar como: Leonardo-Loayza, R. (2026). La mujer como objeto para la reproducción. Una lectura de «Maternidad» de Andrés Caicedo. *Desde el Sur*, 18(3), e0067.

RESUMEN

El artículo analiza el relato «Maternidad» de Andrés Caicedo. El objetivo es demostrar que en este texto se cuestiona la institución de la maternidad, en la que se asume que la mujer no solo debe procrear a los hijos, sino que debe encargarse de su cuidado. La metodología utilizada es la hermenéutica del texto, en la que se apela a categorías como reificación, objetificación, madre no normativa, fantasía ideológica, reverso superyoico y cinismo. Entre los resultados más destacados del análisis se tiene que «Maternidad» es una puesta en escena del lugar que el patriarcado le da a la mujer en el entramado social, a la que considera como un objeto, un instrumento para la reproducción. Se llega a la conclusión de que el relato de Caicedo explicita aquello que la sociedad patriarcal esconde respecto a la mujer y la dominación que el varón ejerce sobre ella.

PALABRAS CLAVE

Literatura latinoamericana, mujer, maternidad, reproducción, objetificación

ABSTRACT

This article analyzes Andrés Caicedo's short story «Maternity.» Its aim is to demonstrate that the text questions

* Autor corresponsal: Richard Leonardo-Loayza, Universidad Nacional Federico Villarreal. Lima, Perú. Correo: rleonardo@unfv.edu.pe

the institution of motherhood, which assumes that women must not only bear children but also care for them. The methodology employed is textual hermeneutics, utilizing categories such as reification, objectification, non-normative motherhood, ideological fantasy, the superegoic reverse, and cynicism. Among the analysis's key findings is that «Maternity» dramatizes the place patriarchy assigns to women within the social fabric, treating them as objects, instruments for reproduction. The article concludes that Caicedo's story makes explicit what patriarchal society conceals about women and the domination men exert over them.

KEYWORDS

Latin American literature, woman, motherhood, reproduction, objectification

1. Introducción

Andrés Caicedo (Cali, 1951-1977) es una de las figuras más importantes de la narrativa colombiana y latinoamericana. A pesar de tener una vida breve, publicó una serie de textos que pueden contarse entre lo más destacado que se ha escrito en la región. Pero esto no siempre fue así. Como afirma Gastón Alzate: «su obra no ha dejado de presentar ciertas resistencias y sigue siendo estigmatizada dentro de la literatura colombiana, como una escritura precoz que no alcanzó a llegar a feliz término» (2000, p. 138)¹. Si bien dicha situación ha cambiado en los últimos años, debido al interés que suscita su obra, lo cierto es que la crítica que se ha desarrollado sobre este escritor se centra primordialmente en los acontecimientos que marcaron su vida y su muerte². Tanto es así que esta obra ha llegado a ser leída en una clave autoficcional³, tratando de considerarla como una especie de reflejo o extensión de la vida de su autor. Por

1 El estigma también se hizo extensivo a la generación que perteneció, a la cual se denominaba despectivamente «generación de la degeneración», «generación del acelerar», «generación del desconcierto» o «generación derrotada» (Jaramillo, 1986, p. 39).

2 La fascinación no solo se aprecia en la bibliografía crítica que aborda la obra de Caicedo, sino también en los eventos que lo recuerdan como escritor. Un ejemplo de esto último lo constituye la amplia cobertura y difusión en todo tipo de medios que recibió la exposición «Morir y dejar obra», que se realizó en 2003, en la biblioteca Luis Ángel Arango de Bogotá, en conmemoración de los 35 años del suicidio de Caicedo.

3 Un ejemplo de esta crítica es «"Que enloquezcan mis personajes, no yo": Instancias de autoficción en la obra de Andrés Caicedo» (2015) de José Gabriel Figueroa Carle. Si bien la clave autoficcional puede ser una ruta interesante de interpretación, resulta exagerado asumir que la obra de un escritor pueda ser considerado un ámbito similar a la vida del mismo. Debe recordarse que una cosa es la literatura y otra es la realidad.

esta razón, no es exagerado sostener que todavía no se ha realizado un ejercicio crítico riguroso sobre la obra de Andrés Caicedo. Como explica Santiago Gómez Sánchez, dicha obra «apenas está comenzando a dar de qué hablar» (2016, p. 122).

Algunos aspectos que se han trabajado en la obra de este escritor caileño son la polifonía de voces (Duchesne-Winter, 2009); el manejo intertextual de códigos cinematográficos y musicales, la iconografía de estas artes (Carvajal, 2007); el uso en su escritura de las hablas y las temáticas urbanas (Alzate, 2010; Gómez G., 2014), la tipificación de caracteres específicos que fungen de símbolo generacional e ideológico (Suárez, 2013) y las diferentes expresiones discursivas, musicales y culturales presentes en la ciudad (Palencia Sampayo y Navarrete Tolomei, 2019a y 2019b). Debe precisarse que gran parte de la crítica se enfoca en su novela póstuma *¡Que viva la música!* (1977), considerada su «obra mayor» (Duchesne-Winter, 2009, p. 3), pero deja de lado otras facetas de este autor, como su teatro o su narrativa corta. El objetivo del presente artículo es revisar uno de los relatos más importantes de la cuentística caicedena. Nos referimos a «Maternidad», el cuento que Caicedo consideraba «modestamente, como mi obra maestra» (Romero Rey y Ospina, 1988, p. 20). Este texto se analiza principalmente desde la teoría de la objetificación, el estudio de las maternidades y algunos aportes del psicoanálisis lacaniano, poniendo énfasis en la fantasía ideológica, el reverso superyoico y el cinismo. Asimismo, se utiliza los estudios de género y las masculinidades, en especial los estudios sobre paternidad.

2. Cosificación, reificación y objetificación

El protagonista de «Maternidad» es un adolescente que se ha percatado del destino funesto que están experimentando sus compañeros de generación. Seis de ellos han muerto en circunstancias trágicas, en las que el abuso de las drogas es la causa principal. Ante estos hechos, el narrador autodiegético (el protagonista de su propia narración) parece entender la razón por la que están ocurriendo dichos sucesos: «Nos habían escogido como primeras víctimas de la decadencia de todo» (Caicedo, 2016, p. 198). Ante tal presunción, decide hacer su «afirmación de vida» (Caicedo, 2016, p. 198). Para él, esto significa trascender, darle un sentido a su existencia.

El narrador entiende que la forma en la que pueda lograr este objetivo es teniendo un hijo. Para ello se busca una mujer adecuada a sus intereses. En eso conoce a Patricia Simón, una adolescente algo menor que él y que se sentía atraída hacia su persona, sobre todo porque lo consideraba «muy inteligente» (Caicedo, 2016, p. 199).

La elección de Patricia Simón no es causa del azar, sino que se trata de un acto premeditado. El narrador señala: «Era pequeña, pero fuerte, de buenas espaldas y caderas, ojos azules y largas cejas. «Buena raza», pensé, y luego: «Edelrasse», observando que tendría mínimo cuatro dedos de frente, rosada la piel. Resolví: «Le haré un hijo a esta mujer»» (Caicedo, 2016, p. 199).

El narrador se ha fijado en las características físicas de Patricia Simón. Le ha llamado la atención que se trata de una mujer «fuerte», «de buenas espaldas y caderas». Estos atributos no solo están relacionados con el atractivo sexual de una mujer, sino, y sobre todo, con su capacidad reproductiva, pues históricamente se ha considerado, por parte de los varones, que estos rasgos en las mujeres inducen a creer en una mayor probabilidad para procrear y desempeñar un papel competente en el embarazo (Huerta, 2022). En la misma línea, puede entenderse que el narrador se sienta atraído por los «ojos azules y largas cejas», la «piel rosada» de la adolescente. Patricia Simón no es cualquier mujer sino alguien que corresponde a las características de la mujer aria, la mujer blanca de origen occidental. En función de estas características el narrador decide tener un hijo con ella. Puede decirse que dicho narrador evoca una «lógica civilizatoria racializada, biológica, y prácticamente eugenésica» (Duchesne-Winter, 2009, p. 59) ante los sucesos que enfrenta su generación en lo que denomina «la época feroz». La solución para el momento que vive es tener un hijo, pero de características fenotípicas determinadas. Aunque no se exprese explícitamente en el cuento, lo que subyace a esta decisión es considerar que un hijo de tales características no solo podrá sobrevivir en ese contexto de crisis que se alude en el cuento, sino que podrá componerlo. Como explica José Pinto-Mantilla, durante mucho tiempo se creyó que «la raza aria es superior a otras y, por ello, elegida para regir la tierra» (2020, p. 165). Podría añadirse que, en la lógica del narrador del texto de Caicedo, esta «raza» también está destinada a corregirla. En el cuento de Caicedo se actualiza ese contenido del supremacismo blanco. No es gratuito el término alemán que se evoca: «Edelrasse» (de raza noble).

Un aspecto que debe señalarse es que el narrador realiza un proceso de cosificación, reificación u objetificación sobre Patricia Simón; es decir, no la considera un ser humano, sino una cosa, un objeto. El teórico húngaro Georg Lukács (1970) fue el primero que trabajó el concepto de reificación, el que designa un proceso cognitivo en el cual algo que en sí no posee propiedades de cosa es considerado como cosa. A diferencia de Karl Marx, cuya teoría le sirve para desarrollar su aproximación, Lukács considera que la reificación no solo se presenta en las relaciones económicas, sino también en las relaciones individuales de los trabajadores, quienes,

de algún modo, se deshumanizan en su vida social. Décadas después, Axel Honneth (2012) retoma el trabajo del maestro húngaro, pero no lo aborda desde un aspecto moral, sino como «un desacierto en una praxis o en una forma de actitud humana» (p. 19). Para Honneth (2012), la reificación se trata de «un olvido de reconocimiento» (p. 96). Explica que, en la relación del hombre consigo mismo y con el mundo, una postura de reconocimiento precede a todas las actitudes tanto en lo genético como en lo categorial, en la que la postura de reconocimiento es «la expresión de la valoración del significado cualitativo que poseen otras personas o cosas para la ejecución de nuestra existencia» (Honneth, 2012, p. 60). Del mismo modo, señala que «el reconocimiento tiene una preeminencia frente al conocimiento tanto en su génesis como en su concepto» (p. 96). En este sentido, debe entenderse la reificación como «olvido del reconocimiento», situación en la que se ha olvidado el estatuto previo de lo humano en aquel que es reificado y, por lo tanto, pierde la calidad de lo humano.

Una categoría parecida a la reificación es la de objetificación, término que desarrollaron Andrea Dworkin y Catharine A. MacKinnon (1988) para enfrentar la pornografía. Ambas autoras señalaron las implicancias que tiene la objetificación en el aspecto moral, político, económico y legal, en los ámbitos de la pornografía, la violación sexual y la dominación de las mujeres. Posteriormente, Martha Nussbaum (1995) retoma la propuesta de Dworkin y MacKinnon y amplía el carácter de la objetificación, la cual es la situación en la que se convierte una cosa, tratando como cosa lo que realmente no es una cosa (p. 257). Nussbaum sostiene que bajo ciertas especificaciones la objetificación es siempre moralmente problemática, pero bajo otras tiene características que pueden ser positivas o negativas, dependiendo del contexto general. De esta manera, reconoce siete formas en las cuales una persona puede ser tratada como un objeto: instrumentalidad, negación de la autonomía, inercia, canjeabilidad, violabilidad, propiedad, negación de la subjetividad (Nussbaum, 1995, p. 257).

El narrador de «Maternidad» no se relaciona con buscar a Patricia Simón porque sienta un atractivo sexual hacia ella: no es el deseo erótico lo que lo mueve para estar con la muchacha, sino el hecho de que esta puede convertirse en un objeto que le puede ayudar a alcanzar su propósito: tener un hijo. Si se sigue a Nussbaum, el narrador considera a esta mujer como un instrumento que le permitirá obtener un objetivo. Patricia no es cualquier objeto, sino uno adecuado, ideal, para trascender. Asimismo, el narrador no piensa que la muchacha posea autonomía, es una cosa de la que puede disponer; por lo tanto, niega su subjetividad, porque no le pregunta si ella desea ser la madre de su hijo. Solo la elige y hace uso de ella. Como puede apreciarse, pese a que sabe que está delante de una

persona, el narrador «olvida» este estatus y le confiere a Patricia Simón la condición de cosa, de instrumento. De esta manera, se ha producido la reificación, la objetificación.

Una cuestión que debe anotarse es cómo el narrador evalúa las condiciones físicas de la futura madre de su hijo. Realiza un examen sobre si es o no la adecuada para lograr sus fines. Esta acción hace recordar la forma en la que los seres humanos seleccionan a los animales para la reproducción. De esta forma, la mujer es deshumanizada, igualada a un animal. En esta línea de interpretación, se entiende la razón por la que el narrador utiliza la expresión alemana «Edelrasse», que, por lo general, es aplicada a los animales que se consideran finos.

Volviendo al proceso de objetificación al que es expuesta Patricia Simón, este es gradual y sistemático. El narrador dice:

yo le fui llenando la cabeza de cucarachas como Nietzsche y Rousseau, y por miles de argumentos la fui llevando a una conclusión sencilla: que la única manera de salvarnos sería trascendiendo en algo [...] Y le ponía cara de moribundo siempre que la miraba a los ojos, y ella apuesto que pensaba: «¡Lo que haría para hacerte feliz!», y en los cines me le pegaba mucho o suspiraba cada vez que había un pasaje de maternidad, y ella salía conmovida toda, aún sin decirme nada pero ya pensando en la idea de que la única manera de trascender sería quedando preñada y pariendo un hijo (Caicedo, 2016, p. 199).

Como se aprecia, el narrador instala y promueve en su pareja el deseo de ser madre. No es un pensamiento propio de la muchacha, sino que el narrador le va sugiriendo que la única forma de superar ese contexto tan negativo para su generación es la procreación, proceso en el cual ella debe desempeñar el papel de madre. Para ello, el narrador emplea la filosofía: Nietzsche y Rousseau, y otros argumentos que le hacen pensar a Patricia Simón que lo más natural del mundo es que ella asuma la maternidad. Debe recordarse que tanto Nietzsche como Rousseau esbozan una idea común sobre el destino de las mujeres, en el que ellas cumplen un rol definido en la estructura social: son básicamente madres. Rousseau en *El Emilio*, libro en el que coloca el amor maternal, y a la madre, como el centro de la familia (2024). Luego, Nietzsche en *Así habló Zaratustra* (1985), que le endilga a la mujer el solo ser un individuo para la reproducción. Debe decirse que estas manifestaciones forman parte del discurso del patriarcado que históricamente ha promocionado y avalado, referido a que el único destino posible de la mujer es convertirse en madre. Lo que olvida dicho discurso es que la maternidad es parte de un proceso femenino, «no se trata de una identidad permanente» (Rich, 2019, p. 82), como pretenden el patriarcado y sus agentes.

Ahora bien, luego de que el narrador convence a Patricia Simón que se convierta en la madre de su hijo, se produce el encuentro sexual entre ambos, el cual se realiza en las montañas. Resulta más que curiosa la manera en que el narrador relata los pormenores de dicho encuentro:

El frío de la montaña y el ardor que se contemplaba allá en el mar la llevó a abrazarme, y yo le respondí mejor que nunca. Descubrí sus senos con valentía, chupé su pelo, rasgué con su sangre el pasto yaraguá, pude sentir cómo sus complicadas entrañas se abrían para darle paso, cabida y fermento a mi espermatozoide sano y cabezón que daría, con los años, testimonio de mi existencia. No creo que ella gozó (Caicedo, 2016, p. 200).

El tono con el que relata el primer encuentro sexual con Patricia Simón es práctico, frío y, sobre todo, cínico. Para el narrador se trata de un mero trámite. No hay deseo erótico o pasión de por medio, sino una tarea por cumplir con «valentía». Este último lexema revela que no se trata de una cuestión placentera para el narrador, sino de algo necesario que debe llevar a cabo, una especie de trabajo. El narrador se resigna a cumplir «el rito del amor», al que valora por permitirle lograr el objetivo que tanto anhela: procrear un hijo. No estamos ante una relación de dos, sino de uno. «No creo que ella gozó», afirma lacónicamente el narrador. Por lo que se aprecia, no le interesa el placer de su pareja, pero tampoco le interesa el suyo. Podría pensarse que no se trata de un acto narcisista, ya que el goce del narrador no pasa por lo sexual o erótico, sino por el hecho de ser padre.

Patricia Simón es un objeto, un instrumento. Esta idea refuerza la imagen de la mujer como cuerpo, como algo que cumple una función específica dentro de la economía de la vida social patriarcal: ser madre es, como se pensaba en la antigüedad griega, «un mero recipiente pasivo de la semilla del macho» (Rose, 2018, p. 72). La mujer solo asume un valor por el papel que desempeña en la concepción y crianza de los hijos. Este es el lugar que le ha asignado la razón reproductiva (Deustscher, 2019) a la mujer.

3. Madre no normativa, madre arrepentida

Un aspecto interesante del texto de Caicedo es que pone en escena lo que experimenta Patricia Simón durante el embarazo y luego en el puerperio o posparto. En primer lugar, el quedar embarazada le cambia la vida:

A los pocos meses engordó muchísimo y le vinieron los vómitos, así que no pudo volver al colegio y perdió sexto. Yo solamente falté a clase un día: el día en el que después de cuatro horas de terquedad y mucho sufrimiento, dejó salir a mi hijo. Nació en un día lluvioso. No nos pusimos de acuerdo con el nombre, pero prevaleció mi opinión: lo llamé Augusto, que hace pensar en porte distinguido y en conciencia de victoria, siempre (Caicedo, 2016, p. 200).

El embarazo acarrea una serie de episodios no deseados por las mujeres, los que muestran que dicho proceso no está desprovisto de ciertas dificultades para ellas. Todo esto no es acorde con la imagen que el patriarcado promueve: el embarazo es una cuestión natural y toda mujer lo puede afrontar de forma fácil y competente. Por ejemplo, los antojos previos, el vómito y toda esa serie de manifestaciones perturbadoras que experimentan ellas al quedar embarazadas «balizan el rechazo a la preñez, al tiempo que se transforman en un modo de contradecir el instinto materno» (Ledo, 2020, p. 178). Estos hechos se asumen como normales, pero implican un estado de disforia para las mujeres que usualmente no explicitan para no ser estigmatizadas.

En el texto de Caicedo se manifiesta que la maternidad para la mujer no es un proceso fácil, sino que implica cambios no solicitados, como el de perder su figura corporal, lo que se agudiza en el caso de Patricia Simón, porque es una adolescente. Para una mujer de esta edad, el cuerpo es una parte del capital simbólico máspreciado. En la adolescencia, «las chicas interiorizan un imperativo de belleza, o de delgadez. Están obsesionadas por su peso y su conformación física» (Le Breton, 2014, p. 88). En la misma línea, Patricia Simón también pierde algo valioso: las clases del colegio y, luego, el año escolar. Su vida académica se ve interrumpida por el embarazo. En cambio, el narrador no experimenta ningún cambio negativo que lo afecte directamente, salvo perder una sola clase, el día en que su pareja da a luz. El embarazo no es de los dos, sino sobre todo de la mujer, ya que ella es el individuo que afronta dicho proceso y sus consecuencias.

Ahora bien, es significativo cómo el narrador considera este último acto. Para el narrador, Patricia Simón no ha traído un niño al mundo, no ha alumbrado, sino que lo dejó salir. Nuevamente es la sensación de que no se está hablando de un ser humano, sino de una cosa, de un objeto que ha ayudado a lograr lo propuesto: un hijo. A esto se suma el hecho de que el narrador le haya puesto el nombre al niño, lo que implica que lo considera suyo, como algo de su propiedad. En la lógica patriarcal, los hijos son del padre, no de la madre. Un dato importante es el nombre que le pone al niño: «Augusto», que significa «Que infunde o merece gran respeto y veneración por su majestad y excelencia». No es casual que se trate de un hijo varón, es el continuador del orden patriarcal, en el que los hombres tienen todos los derechos y las mujeres viven sometidas al poder de los primeros.

Pero volvamos a la situación de desigualdad que genera tener un hijo para los padres. Como se dijo, mientras para la muchacha el embarazo y dar a luz implican una situación de disforia, para el narrador es una situación positiva, porque como dice: «Fui toda una celebridad en el colegio,

padre a los dieciséis años» (2016, p. 200). La paternidad funciona como un atributo de la masculinidad, las dos se retroalimentan y determinan. «Cuando un hombre es padre puede decir que de verdad es un hombre» (Leonardo-Loayza, 2020, p. 78). Rodrigo Parrini (2000) explica que el modelo hegemónico de masculinidad se ordena en torno a la función paterna; su figura central es el Padre y su prescripción fundamental llama a todo hombre a ser un Patriarca. La paternidad implica un incremento en el capital simbólico de los hombres. Para ser considerados completamente como tales «estos deben llegar a ser padres» (Fuller, 2012, p. 125). En esa misma línea, Laura Torres dice que «Uno de los atributos principales de la masculinidad hegemónica, que tiene mayor importancia entre los varones, es el de ser jefes de hogar, atributo conferido por su carácter de proveedores» (2004, p. 52). El narrador ha incrementado su capital simbólico, es toda «una celebridad». En cambio, Patricia Simón

no quiso hacer gimnasia y le quedó una barriga arrugada muy fea, y los senos se le hincharon como brevas y después se le cayeron. Recuerdo madrugadas en las que yo abría el ojo sólo para hallarme en la física gloria, despertado por el llanto de Augusto, y volteaba a mirarla a ella, despierta desde hace muchas horas, con la mirada perdida en el cielo raso, negándose siempre a contestarme en qué era que pensaba. Yo no insistí. Yo había previsto eso. No cuidó bien a nuestro hijo. No quiso tampoco volver al colegio. Le perdió interés a todo, se pasaba los días sin asearse ni asear la casa, mal sentada en una silla, presa de un vacío que supongo debe ser normal después de que uno ha estado lleno y redondo como una naranja ombligona (Caicedo, 2016, pp. 200-201).

El fragmento citado presenta el desencanto que puede experimentar la mujer después de dar a luz. Primero, los rastros físicos propios del embarazo: la «barriga arrugada», los senos hinchados y luego caídos. Este estado que ha asumido su cuerpo después del parto la avergüenza a tal punto que ha renunciado a sus clases de gimnasia, en las cuales su cuerpo estaría más expuesto ante la mirada de sus compañeros y profesores de colegio. Lo anterior contradice el discurso sobre la maternidad que promueve el patriarcado, en el que se afirma que las mujeres llegan a sentirse plenas con la llegada de un hijo. En realidad, el embarazo reduce a las mujeres a la materialidad del cuerpo. Como explica Eugenia Zicavo:

La maternidad es expresión del cuerpo salido de sus propios límites, un cuerpo «fuera de sí» [...] El cuerpo embarazado recupera el espíritu del carnaval pero rápidamente debe encauzarlo, medicalizarlo, normatizarlo. Someterlo a análisis periódicos, revisarlo. Pasa a ser un cuerpo cuya expansión hay que controlar. Un cuerpo que pide permisos y demanda cuidados. Lo que el cuerpo embarazado significa

en su desborde, es contenido por el discurso médico, que lo restringe, lo censura, le prohíbe determinados hábitos. Los cuerpos embarazados deben ser, a la vez, cuerpos dóciles (2009, p. 4).

En el embarazo, la mujer se convierte en cuerpo y le pertenece menos que nunca a ella. Esta situación hace que las mujeres también experimenten un estado de disforia luego de dar a luz. En el cuento de Caicedo, sucede eso con Patricia Simón. Este estado es para el narrador algo «normal después de que uno ha estado lleno y redondo como una naranja ombligona». Lo cierto es que para la muchacha del cuento de Caicedo no se despierta el instinto maternal, sino que el embarazo y la maternidad se convierten en situaciones altamente complejas para las que no pareciera estar capacitada. No puede cuidar de su hijo ni de sí misma, porque se abandona al extremo. Este personaje cae en una especie de depresión que la hunde en un vacío con el que no puede lidiar. Puede especularse que se trata de una depresión posparto, cuyos síntomas, según Solís *et al.* abarcan desde un

sentimiento de tristeza, sin esperanza durante todo el día, sensación de pérdida del interés o placer, disminución o pérdida del apetito, insomnio o hipersomnia, percepción de inquietud o enlentecimiento en sus actividades, fatiga, pérdida de energía durante el día, desatención de las actividades importantes, ideas suicidas, pensamientos de muerte sin un plan estructurado (2019, p. 91).

El estado que experimenta Patricia Simón hace que descuide a su hijo y no cumpla con los mandatos sociales a los cuales todas las madres son sometidas. Así, Patricia Simón se convierte en una madre no normativa, que debe entenderse como aquellas mujeres que no cumplen con dichos mandatos sociales, por lo que no pueden ser reconocidas como madres buenas (Leonardo-Loayza, 2022).

Un aspecto relacionado con el anterior es que la razón reproductiva asegura que el cuerpo de la madre es un cuerpo sagrado; por decirlo de algún modo, ocupa un lugar importante en la jerarquía social. Así, «Dentro del criterio de visión y división de los cuerpos, el cuerpo embarazado ocupa un casillero de prestigio frente al resto de los cuerpos, incluso de aquellos que cumplen con el paradigma del cuerpo legítimo» (Zicavo, 2009, p. 3). Sin embargo, esta licencia es temporal, porque ni bien la mujer dé a luz nuevamente estará bajo el rigor del cuerpo perfecto. Se le exigirá que regrese a su forma anterior. Peor aún, si se trata de una adolescente, como es el caso del personaje femenino en el cuento de Caicedo que estamos analizando.

Por otra parte, en el decurso de la historia del relato, Patricia Simón deja su letargo y retoma sus actividades adolescentes. El narrador dice:

Yo no la toqué más. Ella tampoco se hubiera dejado. Al fin, un día salió de la casa, y se demoró en regresar. Hizo amistades nuevas, jóvenes más viejos que ella, y seguía saliendo. Pero falta no me hacía. Yo cumplía puntualmente con mis deberes escolares. Me levantaba temprano, le daba el tetero al niño, cambiaba pañales, barría, trapeaba. Al volver del colegio me la pasaba horas dejando que Augusto me apretara el dedo índice y contemplándole su pipí, lo único que sacó igualito a mí, porque todo lo demás, ojos y pelo y frente eran de ella (Caicedo, 2016, p. 201).

No hay más relaciones sexuales entre ambos personajes, lo que reafirma el hecho de que lo que unió al narrador con esta mujer no fue la búsqueda del placer, sino simplemente la consideró como un objeto que podía permitirle tener un hijo, su hijo. Por su parte, Patricia Simón empieza a salir y frecuenta a jóvenes mayores que ella. Al narrador no le importa. Lo que en verdad le interesa es su hijo.

Una cuestión resaltante es la actitud que asume el narrador frente a los nuevos acontecimientos, ya que no se desespera por la ausencia de su pareja, sino que asume las responsabilidades del caso. Cuida al niño, lo alimenta, juega con él. El narrador cumple bien aquello que se espera de un hombre que ha alcanzado la paternidad e incluso desarrolla algunas tareas que históricamente se han delegado o impuesto a la mujer cuando es madre. En esa línea, puede decirse que el narrador encarna una «maternidad protésica» (Leonardo-Loayza, 2020, p. 162), es decir, una maternidad que no se ejerce por una mujer, sino por una madre sustituta, en este caso, el padre del niño. Debe recordarse que «la maternidad no solo es una cuestión que implica lo biológico, sino que también están presentes elementos sociales y culturales. Madre no es quien pare, sino quien ama y, en este caso, quien cuida y se preocupa» (Leonardo-Loayza, 2021, p. 152). Es tan intensa la presencia del padre en el relato que algunos autores, como Duchesne-Winter, afirman que «Maternidad» «realmente cuenta la historia de una paternidad» (2009, p. 62).

En la parte final del relato, el narrador facilita que Patricia Simón se drogue. Así:

Cuando regresaba, nunca conversábamos. Se tiraba por ahí, sin dormir, o a oír música. Supe que estaba metiendo droga. Me importó un comino. Conseguí una hipodérmica desechable, con mi amigo Gómez un gramo de la mejor cocaína y una noche la esperé. Llegó muy tarde, cayéndose de la borrachera, bajando de todas las trabas. Yo la recibí, le sobé su cabecita hasta que se quedó dormida en mi pecho.

Preparé la cocaína, tomé uno de sus brazos, cuando lo estiré y palpé sus buenas venas abrió los ojos y me miró, perpleja. Yo le sonreí. Creo que le inyecté medio gramo, en empujaditas leves. Ella hizo caras y risitas y yo sentí celos: nunca se portó así con mis orgasmos (Caicedo, 2016, pp. 200-201).

Al narrador no le importa la salud de su pareja, como dice no le interesa «un comino». Prueba de esta situación es que le facilita el consumo de drogas. Aprovechando que su pareja ha llegado ebria, le inyecta cocaína. La intención de este acto es que ella caiga en las drogas y se pierda y, de este modo, pueda convertirse en el único dueño del hijo, de Augusto. De esta manera dice: «Hace días que no la veo. Se fue a paseo creo que a San Agustín, con una manada de gringos. Espero que no vuelva, que se muera o que reciba allá su merecido» (Caicedo, 2016, p. 201). El narrador desea deshacerse de la muchacha. Esta situación reafirma la condición de las mujeres que son reducidas a su cuerpo y a las capacidades propias de este. No es más la mirada sexual sobre el cuerpo de la mujer, sino que su valor es el de simple receptáculo destinado a ser el hábitat del hijo, lo que realmente es importante en la sociedad patriarcal. En ese sentido, luego de que el cuerpo de la mujer ha cumplido su rol de madre, este puede ser despreciado, desechado, desaparecido. De algún modo, el cuerpo de la mujer se convierte en «Nuda vida» (Agamben, 1998). Se trata de un cuerpo vulnerable.

4. El reverso superyoico o suplemento obsceno, la fantasía ideológica y cinismo

Slavoj Žižek, en *Las metástasis del goce*, trabaja la categoría de reverso superyoico o suplemento obsceno, el cual es una ley nocturna que duplica y acompaña, como una sombra, a la ley pública. Žižek dice:

Lo que «mantiene unida» una comunidad profundamente no es tanto la identificación con la Ley que regula el circuito cotidiano «normal» de esa comunidad, sino la identificación con una forma específica de trasgresión de la Ley, de suspensión de la Ley (en términos psicoanalíticos una forma específica de goce) (2003, p. 89).

La ley pública establece que en una sociedad todos los individuos, hombres y mujeres, son iguales, que gozan de los mismos derechos y atribuciones, pero la ley nocturna, el reverso superyoico, establece que las mujeres experimentan una serie de desigualdades que las posicionan en un lugar inferior a los varones. Mientras estos últimos son sujetos, las primeras son consideradas como objetos, al servicio de los hombres. Este escenario, que es conocido por todos, pero del que no se habla públicamente, se explicita en la historia que presenta el cuento de Caicedo: una

mujer que es seleccionada para ser madre por el solo hecho de que físicamente es la más apta. El narrador elige a Patricia Simón como futura madre de su hijo, no porque sienta afecto hacia ella, sino porque es la mujer más conveniente para tenerlo. Esta mujer no es valorada como una persona, y más bien es reconocida por sus atributos como un objeto que permitirá al narrador alcanzar su objetivo.

En el mundo representado del cuento, las mujeres son definidas básicamente como cuerpo, seres destinados a la reproducción. Lo que hace el narrador de «Maternidad» es poner en escena la visión masculina patriarcal sobre la mujer, implícita y no manifiesta, correspondiente a la ley nocturna, que las considera como «máquinas reproductoras» (Meruane, 2018, p. 13). O, en palabras de Rebeca Moreno, «Como si los hombres carecieran de sexo biológico, se ha vinculado a las mujeres con útero y ovarios a su capacidad reproductora» (2019, p. 14). Esta es la lógica de la razón reproductiva, generada por el sistema patriarcal. En esta línea, la actitud del narrador del relato de Caicedo es importante porque revela la vigencia de aquello que Adrienne Rich llamó «la institución de la maternidad», cuyo objetivo es «asegurar que este potencial [la maternidad] —y todas las mujeres— permanezcan bajo el control masculino» (2019, p. 57). Asimismo, el cuento muestra cómo opera la razón reproductiva y los papeles que les asigna tanto a varones como mujeres.

Lo que ha hecho el patriarcado a lo largo de la historia es promover la idea de que el rol que debe desempeñar la mujer en la estructura social es el de ser madres. Solo si las mujeres logran ser madres habrán cumplido con su deber en el mundo. Desde tal lógica, que es la lógica de la cultura patriarcal, se establece la creencia de que la maternidad es el destino natural de las mujeres, «aunque de manera subrepticia perpetúe situaciones de desigualdad social, política y económica entre ellas y los hombres» (Leonardo-Loayza, 2022, p. 72). Esta creencia se manifiesta en una serie de roles y mandatos sociales que la sociedad establece para las mujeres y en los que se imponen los objetivos de preservación, continuidad, florecimiento de lo social, y en las que se las subordina a ellas «a los fines de la reproducción y el futuro colectivo» (Uslengui, 2019, p. 17).

Un aspecto importante para tener en cuenta es que las mencionadas regulaciones sociales no solo se producen y se imponen de parte de la sociedad, representada en el resto de la gente, sino que están interiorizadas en las propias madres. Por una parte, como dice Julia Kristeva, porque «en la abnegación y el sacrificio materno, algunas mujeres encuentran gratificación y gozo» (1987, p. 219). Por otra, en la esperanza de que se cumplan las promesas que, desde siempre, les ha formulado el sistema patriarcal. Donath lo explica así:

La maternidad la conducirá a una existencia valiosa y justificada, un estado que corrobora su necesidad y vitalidad. La maternidad anunciará tanto al mundo como así misma su extensión de mujer en toda la extensión de la palabra, una figura moral que no solo paga su deuda con la naturaleza al crear vida, sino que además la protege y la promueve (2017, p. 34).

El hecho de que la mujer ocupe este lugar subalterno en el entramado social no solo se sustenta simplemente en la imposición, sino que el patriarcado utiliza un control social indirecto. Elabora una fantasía social que consiste en hacer creer al conjunto de individuos que forman parte de la sociedad, sobre todo a los sectores marginales (entre los que se puede contar a las mujeres), que tienen los mismos derechos. Slavoj Žižek, en *El acoso de las fantasías*, explica:

La noción estándar con respecto al funcionamiento de la fantasía en el contexto de la ideología es la de un escenario fantástico que opaca el verdadero horror de la situación: en lugar de una verdadera descripción de los antagonismos que recorren nuestra sociedad, nos permitimos una percepción de la sociedad como un todo orgánico, que se mantiene unido gracias a las fuerzas de la solidaridad y la cooperación (2007, p. 15).

La fantasía social propone que la sociedad es un lugar armónico y pacífico, en el que todos sus miembros tienen acceso a los mismos recursos y ventajas. Un lugar en el que todos, sin distinción de raza-etnia, clase o género, tienen los mismos derechos. Sin embargo, la ley nocturna establece, respecto al género, que son los varones heterosexuales los que realmente tienen los derechos, porque son los sujetos, y que las mujeres no, porque son objetos al servicio de los primeros. Los hombres las utilizan para el sexo y para la maternidad. Eso es lo que oculta esta fantasía social, la jerarquización genérico-sexual en la que los hombres tienen los privilegios y las mujeres no. Precisamente esto se muestra en la diégesis de «Maternidad», en la relación y vínculo que establecen el narrador del cuento y Patricia Simón. Se trata de una relación de jerarquización en el que él la usa a ella para sus fines.

Para explicitar esta fantasía social, Caicedo utiliza un recurso fundamental: el narrador que vehicula la historia. No se trata de un simple narrador que se encarga de vehicular los hechos materia del relato. Como indican Romero Rey y Ospina, en los cuentos de Caicedo existe un

sugestivo tono de imperturbabilidad para contar los acontecimientos más escabrosos y temibles. Todas las relaciones físicas entre los personajes (bien sean eróticas o violentas) nunca se le «confiesan» al lector, sino, por el contrario, se le comentan fríamente, dando cabida

a todo tipo de «opiniones» que el narrador impone sobre los acontecimientos que ha escogido contar (1988, p. 18).

«Maternidad» no es la excepción a esta regla. El narrador de este cuento es un cínico, es decir, un individuo con «una actitud hipócrita, reaccionaria y agresiva. El cínico es un enfermo y el mal que padece es un descreimiento extremo» (Vargas Oliva, 2024, p. 6). Pero ¿en qué o en quién no cree el narrador de este cuento de Caicedo? Pues en el gran Otro universal, hablando en términos lacanianos, es decir, el orden simbólico (las leyes e ideales sociales) que socializa el cuerpo y hace del individuo un sujeto. En palabras de Juan Carlos Ubilluz, el Otro es «los “demás”, un “los demás” abstracto a quien el sujeto ha otorgado —o no ha tenido más remedio que otorgar— la autoridad para decirle quién es y quién debe ser» (2006, p. 19). El narrador de «Maternidad» es un joven que a lo largo de su vida se ha destacado como estudiante, seguramente en la creencia de que el estudio le proveerá la felicidad. Sin embargo, a pesar del éxito logrado se da cuenta de que se trata de una especie de estafa, ya que los jóvenes de su generación, sus compañeros y amigos, están muriendo de forma trágica. Al parecer, el narrador entiende que este gran Otro universal es también el responsable de dichas muertes. Por eso, declara: «Nos habían escogido como primeras víctimas de la decadencia de todo, pero yo no iba a llevar el bulto» (Caicedo, 2001, p. 296). En la diégesis del relato nunca se especifica quiénes los habían escogido a estos jóvenes, pero se puede inferir que se trata de «los demás» abstracto en el que se depositó la confianza para saber quién se es y quién se debe ser. El narrador del cuento se rebela en contra de este gran Otro universal. Un indicio de lo anterior es que ya no celebra los triunfos escolares y que se propone hacer algo que lo individualice. «“¿Qué te pasaba?”, me decían los compañeros, luego. “Como si no te gustara el éxito”, y yo, a todos, silencio» (2016, p. 297). Podría pensarse que este individuo es una persona libre, ajena ya a la ideología. Pero si bien el narrador no cree en la legitimidad de este gran Otro se deja guiar por otro pequeño gran Otro. En la sociedad contemporánea se han desarrollado una serie de pequeños grandes Otro, colectividades que albergan a una serie de personas que siguen determinados ideales. Con acierto, Ubilluz explica que hoy se produce la proliferación de pequeños colectivos constituidos alrededor de distintas particularidades. Se trata de comunidades donde los individuos encuentran un goce particular, que les proporciona unidad. En el caso del narrador de «Maternidad», este pequeño gran Otro es la comunidad constituida alrededor de la paternidad. Precisamente, aquí el narrador encontrará el goce. Como explica Ubilluz (2006), el deseo es el intento por reencontrar el goce perdido dentro de

una ficción transindividual. El narrador del cuento de Caicedo cree que mediante la paternidad logrará tal fin.

El cinismo, debe recordarse, está asociado «al ejercicio de la singularidad en contraposición a las demandas sociales» (Ubilluz, 2006, p. 28). En «Maternidad», este cinismo es propuesto como diagnóstico y como terapia. La forma en que el narrador muestra la realidad donde se encuentra su generación es cínica, porque realiza un diagnóstico irónico de lo que viene pasando, pero a la par que desarrolla esta especie de balance trágico, también encuentra y propone una solución igualmente cínica: tener un hijo con determinadas características utilizando los medios que estén a su alcance.

El narrador busca remediar lo que está sucediendo con la sociedad en la que vive, con la generación a la que pertenece. Desde su perspectiva solo hay un camino para poder salvarlo todo: la procreación de un hijo. Para lograr este fin no se detiene ante nada y pone en evidencia una serie de actos que la sociedad ha enmascarado, como el de asumir que las mujeres son iguales a los varones, que tienen los mismos derechos. El relato de Caicedo muestra lo que los hombres piensan sobre las mujeres, que estas tienen una sola finalidad en la vida: procrear. Incluso, como ya se dijo, este narrador es capaz de sacrificar su propio placer con tal de cumplir con la meta vicaria que se ha impuesto. Sin embargo, el narrador se constituye como un individuo que reivindica el narcisismo de lo particular, el goce de ser parte de un Todo como yo, el de la paternidad.

Si bien el narrador del cuento asume una actitud cínica ante los acontecimientos que su generación está experimentando (la quiere salvar), no es un dato menor de que se trata de un adolescente. La adolescencia es una etapa en la vida de los hombres que no está definida. Es una especie de interregno en el cual no hay nada seguro y que los seres humanos intentan atravesar lo más pronto posible (Le Breton, 2014). No resulta arriesgado afirmar que el narrador de «Maternidad» también quiere salvarse, pero convirtiéndose en un adulto, formando parte de esa comunidad de goce alrededor de la paternidad. De este modo, puede insertarse en la sociedad en la que se desenvuelve. Recordemos que el cínico se cree libre de la ideología dominante, porque se da cuenta del engaño o la cuestiona, pero igualmente está supeditado a ella. Tener un hijo no solo implica una cuestión altruista, sino que también busca asegurar su papel en el entramado social, para así desaparecer esa sensación de inseguridad propia de su edad. Este adolescente no se siente cómodo en la etapa de la vida en la que se encuentra, por eso desea pasarla lo más rápido posible. He aquí la necesidad de validarse como adulto. Como explica Norma Fuller:

Al tener un hijo de una relación públicamente reconocida, el joven se convierte en padre y jefe de familia: el eje de un nuevo núcleo social. Se inaugura así un nuevo período del ciclo vital y, sobre todo, significa el punto en que el varón se consagra como tal al obtener los símbolos de la hombría: comprueba que es potente sexualmente, es jefe de una unidad familiar y responde por ella ante el mundo exterior. Es decir confirma su virilidad y se inserta definitivamente en los ejes doméstico y público (2012, p. 125).

En efecto, tener un hijo significa socialmente encajar en los ejes doméstico y público, implica dejar la adolescencia y convertirse en un hombre. Eso es lo que ha logrado el personaje del cuento de Caicedo. Tener un hijo, encargarse de él ante la ausencia y el descuido de la madre, lo han validado ante la sociedad como un verdadero hombre. El miedo al que se hace referencia al inicio del cuento con la desaparición de varios de los compañeros del narrador es trastocado al final del relato con un sentimiento de completud, de orgullo. En el cuento el narrador dice: «Yo he terminado sexto con todos los honores, leo cómics y espero con mi hijo una mejor época» (2016, p. 201). El narrador de «Maternidad» quizá no haya salvado a su generación, pero al menos se ha salvado a sí mismo del horror de la adolescencia.

5. Conclusiones

«Maternidad» es un texto que pone en escena el rol que la mujer desempeña en la procreación. Esta última no es considerada como una persona, sino como una cosa, un objeto, un instrumento para lograr el objetivo final del patriarcado: la reproducción. El cuento de Caicedo muestra cómo la mujer es cosificada, reificada, objetificada por la razón reproductiva que la considera apenas un repositorio para la preservación y continuidad de la vida humana.

Este texto de Andrés Caicedo evidencia que las mujeres aceptan este lugar subalterno en el entramado social, porque están supeditadas a la fantasía ideológica de que ellas tienen los mismos derechos que los hombres y que en la división del trabajo les corresponde no solo el dar vida, sino cuidarla y protegerla. Lo que hace «Maternidad» es explicitar esta fantasía ideológica y poner en evidencia que, en la sociedad, que es una sociedad patriarcal, a pesar de que se hayan establecido la igualdad de derechos entre hombres y mujeres, estas últimas siguen siendo tratadas como objetos para los fines del patriarcado. La fantasía muestra el reverso superyoico de la sociedad, esa ley nocturna que establece que los hombres son sujetos y las mujeres son objetos, ya que no existe una igualdad real entre ellos.

El texto de Caicedo emplea un narrador que esgrime una actitud cínica ante los hechos. Dicha actitud es primordial para explicitar el tinglado sobre el que se erige la razón reproductiva que reconoce a los varones como sujetos y a las mujeres, cuando son madres, como objetos.

«Maternidad», publicado en 1974, es un cuento fundador en mostrar la lógica de la razón reproductiva. En ese sentido, es importante porque cuestiona el modelo de la madre normativa, la que asume que las mujeres deben seguir los roles y mandatos que la sociedad les impone para ser consideradas buenas madres. Estos roles y mandatos están dirigidos para asegurar el cumplimiento del papel que el patriarcado le ha designado a la mujer: ser un instrumento para la reproducción.

Contribución de autoría

Richard Leonardo-Loayza cumplió con todas las fases CRediT.

Fuente de financiamiento

Autofinanciado.

Potenciales conflictos de interés

Ninguno.

Declaración de uso de IA

El autor declara que no se usó IA para desarrollar ninguna parte del artículo.

Agradecimientos

Este artículo está basado en el proyecto de investigación de código PI2024_1817, aprobado mediante la Resolución Rectoral N.º 2071-2024-CU-UNFV y 3682-2024-CU-UNFV.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Agamben, G. (1998). *Homo Sacer I. El poder soberano y la nuda vida*. Pre-textos.

Alzate, G. (2000). El descentramiento de la palabra: Andrés Caicedo Estela. En M. M. Jaramillo, B. Osorio y Á. I. Robledo (comps.). *Literatura y cultura. Narrativa colombiana del siglo XX*. Vol. II (pp. 137-161). Ministerio de Cultura.

Caicedo, A. (2016). «Maternidad». En *Cuentos completos*. Alfaguara.

Carvajal Córdoba, E. A. (2007). *Estudio previo y edición crítica de la obra narrativa y dramática del escritor colombiano Andrés Caicedo*. [Tesis de doctorado, Universidad de Granada]. <https://digibug.ugr.es/handle/10481/1491>

Deutscher, P. (2019). *Crítica de la razón reproductiva. Los futuros de Foucault*. Eterna Cadencia.

Donath, O. (2017). *Madres arrepentidas. Una mirada radical a la maternidad y sus falacias sociales*. Reservoir Books.

Duchesne-Winter, J. (2009). *Equilibrio encimado del infierno: Andrés Caicedo y la utopía del trance*. Archivos del índice.

Dworkin, A. y MacKinnon, C. A. (1988). *Pornography and civil rights. A new day for women's equality*. Organizing Against Pornography.

Figuerola, J. (2015). «Que enloquezcan mis personajes, no yo»: Instancias de autoficción en la obra de Andrés Caicedo. *Catedral Tomada*, 3(5), 65-95. <https://doi.org/10.5195/ct/2015.94>

Fuller, N. (2012). Repensando el machismo latinoamericano. *Masculinity and social change*, 1(2), 114-133. <https://hipatiapress.com/hpjournals/index.php/mcs/es/article/view/218>

Gómez G., F. (2014). Ciudad, cultura de masas y adolescencia en el universo no macondiano de Andrés Caicedo. *Estudios de Literatura Colombiana*, (33), 75-90. <https://doi.org/10.17533/udea.elc.18169>

Gómez Sánchez, S. (2016). Andrés Caicedo cuentista kamikaze. Una concepción endógena del relato. *Estudios de Literatura Colombiana*, (39), 121-136. <https://doi.org/10.17533/udea.elc.n39a08>

Honneth, A. (2012). *Reificación. Un estudio en la teoría del reconocimiento*. Katz.

Huerta, P. (2022). *Variabilidad del índice cintura cadera. El papel del componente genético y el dimorfismo sexual en una muestra de la Ciudad de México*. [Tesis de licenciatura, Escuela Nacional de Antropología e Historia]. https://investigacion.inah.gob.mx/_flysystem/fedora/2024-06/ml-variabilidad-del-indice-cintura-cadera.-el-papel-del-componente-genetico.pdf

Jaramillo, M. (1986). Andrés Caicedo: notas para una lectura. *Universitas Humanísticas*, 15(25), 39-49.

Kristeva, J. (1987). *Historias de amor*. Siglo Veintiuno.

Le Breton, D. (2014). *Una breve historia de la adolescencia*. Nueva Visión.

Ledo, M. (2020). Maternidad e insumisión. En P. Carrera y C. Ciller (eds.), *Maternidades. Políticas de la representación* (pp. 201-217). Cátedra.

Leonardo-Loayza, R. (2020). Maternidades proscritas, mandatos sociales y violencia en la novela *La perra*, de Pilar Quintana. *Estudios de Literatura Colombiana*, (47), 151-168. <https://doi.org/10.17533/udea.elc.n47a08>

Leonardo-Loayza, R. (2021). Transfobia, maternidad protésica e identidades no heteronormativas en *Loxoro* (2011) de Claudia Llosa. *Letras (Lima)*, 92(135), 146-159. <https://revistaletras.unmsm.edu.pe/index.php/le/article/view/2004>

Leonardo-Loayza, R. (2022). La madre no normativa en *Los ingravidos*, de Valeria Luiselli, *La perra*, de Pilar Quintana y *Casas vacías*, de Brenda Navarro. *América sin Nombre*, (27), 54-70. <https://americasinnombre.ua.es/article/view/20048>

Leonardo-Loayza, R. (2023). *Casas vacías*, de Brenda Navarro: Maternidad no normativa. *Revista Estudos Feministas*, 31(3), 1-12. <https://doi.org/10.1590/1806-9584-2023v31n387092>

Lukács, G. (1970). *Historia y conciencia de clase*. Editorial de Ciencias Sociales del Instituto del Libro.

Meruane, L. (2018). *Contra los hijos (una diatriba)*. Penguin Random House.

Moreno, R. (Coord.). (2019). *Feminismos. La historia*. Akal.

Nietzsche, F. (1985 [1883]). *Así habló Zaratustra. Un libro para todos y para nadie*. Alianza.

Nussbaum, M. (1995). Objetification. *Philosophy and Public Affairs*, 24(4), 249-291. <https://onlinelibrary.wiley.com/doi/10.1111/j.1088-4963.1995.tb00032.x>

Palencia Sampayo, A. y Navarrete Tolomei, C. (2019a). El desplazamiento cultural en la obra de Andrés Caicedo *¡Que viva la música! Contexto*, (35), 300-318. <https://periodicos.ufes.br/contexto/article/view/23028>

Parrini, R. (2000). Los poderes del padre: paternidad y subjetividad masculina. En J. Olavarría y R. Parrini (eds.), *Masculinidad/es. Identidad, sexualidad y familia* (pp. 69-79). FLACSO.

Pinto-Mantilla, J. (2020). Orígenes del supremacismo racial, y el ocaso de otras razas. *Revista Encuentros*, 18, 164-175. <https://ojs.uac.edu.co/index.php/encuentros/es/article/view/2163>

- Rich, A. (2019). *Nacemos de mujer. La maternidad como experiencia e institución*. Traficantes de Sueños.
- Romero Rey, S. y Ospina, L. (1988). Invitación a la noche. Prólogo. En A. Caicedo Estela, *Destinos fatales* (pp. 7-25). Oveja Negra.
- Rose, J. (2018). *Madres. Un ensayo sobre la crueldad y el amor*. Siruela.
- Rousseau, J. J. (2024 [1762]). *El Emilio, o De la educación*. Alianza.
- Sampayo, A. E. P. y Tolomei, C. N. (2019b). ¡Que viva la música! de Andrés Caicedo: una lectura decolonial. *Caderno Seminal*, 32(32), 430-462. <https://doi.org/10.12957/cadsem.2019.38153>
- Solís, M., Pineda, A. y Chacón, J. (2019). Abordaje clínico y manejo de la depresión posparto. *Revista Médica Sinergia*, 4(6), 90-99. <https://www.medigraphic.com/pdfs/sinergia/rms-2019/rms196j.pdf>
- Suárez, A. (2013). Las patologías del presente y la erradicación del mañana en Andrés Caicedo y sus predecesores. En M. Soler y M. T. Navarrete (eds.), *Del lado de acá. Estudios de literatura hispanoamericana* (pp. 357-366). Aracné.
- Torres, L. (2004). La paternidad. Una mirada retrospectiva. *Revista de Ciencias Sociales*, 105, 47-58. <https://www.redalyc.org/pdf/153/15310504.pdf>
- Ubilluz, J. C. (2006). *Nuevos súbditos. Cinismo y perversión en la sociedad peruana*. Instituto de Estudios Peruanos.
- Uslengui, A. (2019). (Prólogo). La biopolitización de la procreación. Los recursos de Foucault, entre la sexualidad y la biopolítica. En P. Deustscher, *Crítica de la razón reproductiva. Los futuros de Foucault* (pp. 11-38). Eterna Cadencia.
- Vargas Oliva, S. (2024). El cinismo contemporáneo en el mundo anglosajón: nuevos enfoques. *Agora: Papeles de Filosofía*, 43(1). <https://revistas.usc.gal/index.php/agora/article/view/8777/13402>
- Zicavo, E. (2009). Cuerpo y maternidad. Cuerpos embarazados, ¿cuerpos embarazosos? XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires. <https://cdsa.aacademica.org/000-062/2181.pdf>
- Žižek, S. (2003). *Las metástasis del goce. Seis ensayos sobre la mujer y la causalidad*. Paidós.
- Žižek, S. (2007). *El acoso de las fantasías*. Siglo XXI.

Richard Leonardo-Loayza es doctor en Literatura Peruana y Latinoamericana, y magíster en Literatura Peruana y Latinoamericana por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Magíster en Estudios Culturales por la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP). Es autor de los libros *La letra, la imagen y el cuerpo. Ensayos sobre literatura, cine y performance* (2012) y *El cuerpo mirado. La narrativa afroperuana del siglo XX* (2016).

Recibido: 23/3/2025

Aceptado: 28/4/2026